

XXX

DESDE LA PAZ DE NIMEGA HASTA LA REVOLUCIÓN INGLESA.

El periodo comprendido desde la paz de Nimega hasta el principio de la nueva guerra, fué de continua ansiedad y de alarma. Aquella paz que vino á confirmar las adquisiciones del rey de Francia, le persuadió de que podia impunemente competir con toda Europa y extender las fronteras de su reino á costa de sus vecinos. Eran sus recursos tan considerables, la paciencia de sus vasallos tan perseverante, y tan perfecta é inflexible la disciplina de su ejército, que creyó, como algunos otros, que los destinos de Europa estaban en sus manos. Europa, sin duda, podia resistir la dominación francesa; pero los gobiernos de las naciones lo fiaban todo del orgullo desmedido de Luis XIV y de la torpeza de los generales del gran monarca. Además, como el rey de Inglaterra se hallaba pensionado por el de Francia, el de España tenia agotados sus recursos y sus fuerzas, y el emperador de Alemania vivia en continua lucha con los turcos y con sus propios súbditos de Hungría, imaginaban, cada uno de ellos, que la inmovilidad de los otros era convenida con Luis XIV.

El soberano francés empleó los primeros días de

aquella paz singular, generadora de grandes conflictos, en asegurar su frontera, construyendo fortalezas poderosas, según la ciencia y el arte de la época. No le distrajeron de sus aficiones y empresas militares, ni los jansenistas, á quienes tuvo que castigar, ni los hugonotes, á quienes intentó destruir por las dificultades y peligros que le suscitaban dentro de su reino. Á pesar de todo esto y de su parcialidad por los jesuitas, insultó, despojó y ofendió al Papa. Continuó combatiendo á España en los Países Bajos con la misma tenacidad que fortuna. No satisfecho todavía, bombardeó á Génova, sólo porque habia estado en buenas relaciones con los Españoles, y puso al Dux en la necesidad de implorar la paz en Versalles bajo condiciones humillantes. Con semejante conducta, creció la zozobra y el encono de todas las naciones europeas.

Mucha parte de la aristocracia francesa y no poca del pueblo, del mismo modo que los Holandeses, habian abrazado la reforma religiosa y la disciplina de Calvino. Los hugonotes, bajo cuya denominación se designaban estos sectarios, fueron el sostén principal de Enrique IV, y, á no ser por ellos, el abuelo de Luis el Grande, como le nombraron sus contemporáneos, no habria ceñido la corona. Permanecieron siendo fieles á su querido monarca, sin embargo de renunciar éste á la fe en que nació y profesó durante mucha parte de su vida; pues creían que de su reconciliación con la Iglesia romana dependia el triunfo definitivo de su causa, ganando á ella los descontentos y no agraviando á sus parciales. Con efecto, á pesar de su conversión, Enrique se mostró tolerante con los hugonotes, permitiéndoles, en virtud del famoso edicto de Nantes, que siguieran ocu-

pando algunas plazas fuertes, y ejerciendo culto y enseñanza propios ¹.

Después, la política de Richelieu, al mismo tiempo que consolidaba la monarquía francesa, disminuía los privilegios nobiliarios y las libertades de los calvinistas. Por esta razón, algunos nobles del partido hugonote abandonaron las creencias de sus padres y se hicieron católicos. La mayor parte de ellos permanecieron fieles á su doctrina. Como por naturaleza eran laboriosos y activos, llegaron también á ser los principales productores fabriles, y los mejores artesanos y mercaderes de Francia. Protegidos por Colbert, y mediante sus riquezas y carácter emprendedor, crearon las industrias, que luego dieron vigor al comercio francés y fueron fuente inagotable del Tesoro público ². Tenían en sus manos la mayor parte de la riqueza que constituye la vida de la fabricación y del tráfico.

Por esta causa, los Holandeses y los Ingleses mostraron gran interés por los hugonotes franceses, no solamente por afinidad de oficios, sino por la comunidad de ideas religiosas. Luis XIV quiso reducirles á la obediencia de la Iglesia Católica y expulsó de Francia á los que se opusieron á sus planes, no sin abrumarles antes de impuestos, y arruinando sus templos y escuelas. Al cabo de algún tiempo, las re-

¹ El Edicto de Nantes, del 15 de Abril de 1598, concedía una completa libertad religiosa y política á los calvinistas. Si éstos delinquían, eran juzgados por tribunales compuestos de igual número de hugonotes y católicos. Tenían cuatro universidades (las de Montauban, Montpellier, Saumur y Sedán), algunas plazas fuertes (entre otras Montauban, Nimes, la Rochela), colegios, escuelas y hospitales.

² Juan Bautista Colbert, natural de Reims, fué *contrator* de Luis XIV ó sabio ministro de Hacienda.

giones que habitaron los reformistas, estaban arruinadas y diezmadados sus vecinos.

Finalmente, en 2 de Octubre de 1686, se expidió la revocación del Edicto de Nantes, con aplauso de los jesuitas y contentamiento de los obispos católicos. Dió por resultado aquella medida, la emigración de los habitantes más ricos, industriosos y enérgicos de Francia. La salida de los hugonotes causó á Francia tan funestas consecuencias como la expulsión de los moriscos á España. Los industriales y fabricantes buscaron refugio en Inglaterra y en Holanda, donde fueron acogidos con solícita simpatía, llevando sus artefactos, con los cuales hacían aquellas obras primorosas, monopolio exclusivo antes de Francia. Las suscripciones que se iniciaron en las iglesias de Inglaterra para ocurrir al remedio de los refugiados, excedieron, en cuanto á sus productos, á todas las esperanzas, y molestaron poderosamente á Luis y á Jacobo. Vióse entonces que hombres encadenados en el servicio militar y naval de Francia, acudían á filiarse en los ejércitos de sus enemigos más implacables. Pueden citarse, entre otros, al mariscal Schomberg y á Ruvigny. También miles de soldados y de marineros, cuya vida se cifraba en las batallas, abandonaron la tierra de sus perseguidores, que era la suya propia, y sentaron plaza donde les acogían con buena voluntad.

Si Luis XIV disminuyó sus fuerzas y redujo los recursos de su reino con la persecución de los hugonotes, su orgullo y sus violencias le suscitaron enemigos en todas partes. Formuló pretensiones al Palatinado, trató de imponer al Papa uno de sus protegidos para el obispado de Colonia, y estuvo en graves disidencias con Inocencio XI, hasta el punto de

inclinarse éste en favor de la alianza que se formó en contra de Francia. El origen de la querella es curioso é instructivo. Todas las naciones civilizadas consideran inviolables la persona y el domicilio de los embajadores. Es obvio que para el desempeño de tales cargos se necesitan ciertas garantías, las cuales únicamente cesan en los casos de guerra. Entonces concluye la representación, y el embajador se retira. En aquel tiempo, todas las potencias católicas tenían enviados en Roma. Se había introducido la corruptela de hacer extensivas las prerrogativas propias de los embajadores, á las personas que estaban á sus órdenes y á su servicio; y algunos de aquéllos, se rodeaban de personal numeroso y hasta de soldados, resultando de aquí, á veces, que sus residencias eran el refugio de la gente sospechosa y aun malvada de Roma. Cuando cometían robos ó asesinatos, buscaban asilo en las embajadas para evitar las consecuencias de sus crímenes. Hasta los contrabandistas cargados con sus mercancías, acudieron á aquellos palacios, y protegidos de los criados y lacayos, burlaban las disposiciones legales, llegando á ser tan considerable el inmoral tráfico, que hubieron de resentirse los ingresos del Tesoro pontificio. Inocencio determinó acabar con el escandaloso abuso y halló dispuestas en su favor á todas las naciones católicas, exceptuando Francia, que se negó por su parte á remediar el mal. Despachó Luis un embajador á Roma, quien tuvo el atrevimiento de presentarse al frente de un verdadero ejército de soldados; pero el Papa se negó á recibirle en audiencia. El rey francés, para vengar el supuesto ultraje, invadió el territorio de Avignon, incorporándolo á sus estados ¹.

¹ La verdadera causa del rompimiento entre Luis XIV y el Pontifi-

Desde la paz de Nimega, Guillermo de Orange procuraba la confederación de las potencias europeas; ostensiblemente, para asegurar y mantener el tratado, y en realidad, para oponerse á las ambiciones de Francia. Entendiendo que su principal aliado debía ser Carlos de Inglaterra, á su gobierno dirigía toda su atención; pues ignoraba los empeños y obligaciones de aquél con Luis XIV. Los Estados de Holanda, no sólo desconfiaban de Carlos, sino temían, que si Luis descubría la intriga de Guillermo, iba á convertirse de amigo en enemigo de la República.

El rey de Francia, no obstante, tardó poco en descubrir sus inclinaciones á los Holandeses. Determinó apoderarse de algunas ciudades de los Países Bajos españoles, atacar el Luxemburgo, ocupar la Alsacia y conquistar á Strasburgo, fortificándose en este punto. Acompañando á sus actos de invasión y de conquista, la persecución y destierro de los hugonotes, se atrajo la enemiga de los Estados y ciudades de Holanda, que hasta entonces quisieron vivir en buenas relaciones con el francés. Como advirtiese Guillermo que sus trabajos para la formación de una liga contra Francia tenían ahora más probabilidades que antes, quiso atraerse al rey de Suecia, y echó to-

cado tuvo por motivo la controversia sobre las regalías ó libertades de la Iglesia galicana. El clero francés, influido por el rey, aceptó la famosa declaración de 1682, fundamento de las mencionadas libertades. Inocencio XI se lamentó en el breve *Palernae charitati* de la conducta de Francia con respecto á la Santa Sede, anuló todo lo concerniente á las regalías de la corona, y exhortó al clero á separarse del mal camino. También ocasionó serios disgustos la supresión del derecho de asilo que gozaban los palacios de los embajadores de Roma. Es cierto que el embajador francés, marqués de Lavardin, entró en la Ciudad Santa, al frente de 800 partidarios armados, negándose el Papa á darle audiencia. Véase Cantú, o. c, t. V, págs. 591-594.

do el peso de su influencia para que Carlos II de Inglaterra entrase en la alianza. Si Carlos se negó á ello, en cambio, el Emperador, el rey de España y algunos principes alemanes formaron parte de la liga. Con estos elementos se prometia el estatúder medir de nuevo sus fuerzas con las del rey de Francia; pero la ciudad de Amsterdam se negó obstinadamente á secundar su politica. Sin embargo, los Estados aprestaron su escuadra y previnieron su ejército.

Carlos II de Inglaterra murió en Febrero de 1685, sucediéndole su hermano Jacobo II, padre politico de Guillermo. Jacobo dió muestras de energía, declarando que deseaba mantener el equilibrio europeo, lo cual no fué obstáculo para recibir subsidios pecuniarios del rey de Francia; sin embargo, era superior á su hermano, lo mismo por la dignidad personal, que por el amor á la patria ¹. Pero, desde el momento que se atrevió á mirar cara á cara á Luis, comenzó su ruina. Mientras tanto, Guillermo, que esperaba heredar la corona, mantenía con Jacobo buenas relaciones, consiguiendo alejar á Monmouth de las Provincias ². Asegúrase por algunos que era conocedor de la invasión preparada por Monmouth. Tan poco satisfecho se hallaba el de Orange del hijo de Carlos, como su mismo tío Jacobo, y no solamente condenó aquél la conducta de Monmouth, sino que puso seis regimientos al servicio del rey de Inglaterra. Mientras se desarrollaban estos sucesos, Guillermo,

¹ «Jacobo II, escribe Macaulay, fué perseguidor sanguinario y sin conciencia... Mucho se ha censurado á Luis XIV porque pretendió persuadir á sus súbditos con cargas de caballería; pero á Jacobo II estaba reservado el torturarlos... *Estudios políticos*, pág. 41. Traducción de M. J. Bénder.

² Monmouth era hijo natural de Carlos II.

mediante la liga de Augsburgo, logró realizar sus planes de coalición entre aquellos que estaban alarmados por los progresos de Francia ¹.

No se sabe, en qué tiempo, ni dónde, ni por quién, se lanzó primeramente la especie del destronamiento de Jacobo. Burnet, obispo después de Salisbury, y que á la sazón hubo de emigrar, no creyéndose seguro en Inglaterra, se mostró contrario á los proyectos de Guillermo, desde el momento que tuvo noticia de éstos. Por lo demás, es sabido, que el de Orange despachó á Dykvelt, uno de sus fieles partidarios, para que en Londres procurara atraerse á los nobles ingleses inspirándoles antipatia al gobierno de Jacobo; y todo esto, sin perjuicio de asegurar al rey las buenas intenciones y mejores propósitos de los Estados. Es dudoso que los descontentos ingleses fiasen mucho de Dykvelt; pero es lo cierto que no tenían fe en su monarca y preparaban los materiales necesarios para la revolución. Así las cosas, Guillermo hizo públicas sus opiniones acerca de la resolución de Jacobo de revocar el Acta de Prueba ² y la tolerancia á los protestantes disidentes. Si tal manifestación produjo la ira del rey de Inglaterra, en cambio, Guillermo se atrajo las simpatias de los Ingleses.

Si el nacimiento del principe de Gales, conocido en la historia con el nombre del Pretendiente, destruía las esperanzas de Guillermo á la sucesión de la corona inglesa, la liga poderosa de las naciones contra Jacobo y Luis XIV era más fuerte cada día. La amis-

¹ La liga de Augsburgo estaba formada por Holanda, España, el Emperador y Suecia.

² El *Bill del Test* (Rubió, *Historia Universal*, t. III, pág. 275) ó el *Acta del Atentado* (Weber, *Historia Universal*, t. III, pág. 401). El original inglés dice *The Test Act*.

tad de Inglaterra con Francia perjudicaba mucho á Jacobo. El rey de Inglaterra, á causa de su obscura política, era odiado por los soberanos de la liga, y no le tenía tampoco en mucha estima el rey de Francia. Aunque Guillermo reconoció en un principio al infante su cuñado, cuando supuso y se persuadió que su origen era sospechoso, hubo de ordenar que el nombre del niño no se pronunciase en las oraciones del culto público. El de Orange dejaba comprender claramente cuáles serian sus propósitos á la muerte de Jacobo; porque, negar al príncipe de Gales, equivalía á declararse heredero del trono de Inglaterra ¹.

Zulestein, que fué á Inglaterra con el encargo de felicitar á los reyes por el nacimiento del príncipe, llevó también el aviso de prevenir á los grandes y nobles, que, llegado el caso, el de Orange invadiría el territorio, libertando á sus naturales del yugo tiránico de Jacobo. Aunque Guillermo estaba suficientemente prevenido, oponíanse grandes dificultades á su proyecto, porque no sólo era necesario engañar á Jacobo y á Luis, sino contar con la aquiescencia de las Provincias Unidas. Por fortuna, Luis estaba ofendido de Jacobo y se hallaba empeñado en sus disidencias con el Papa y el Emperador, en los momentos que Guillermo se disponía á ejecutar sus planes. La víspera en que el príncipe de Orange se iba á lanzar á su aventura, Luis declaró la guerra al Emperador y dirigió sus tropas al Palatinado, dejando á Guillermo abiertas las fronteras holandesas y libre la mar.

¹ La vida de este príncipe, escrita por el alemán barón de Reumont, en su *Die Gräfin von Albany*, ha sido compendiada por el francés Monsieur Saint René Taillandier. M. J. Bänder ha traducido este libro al castellano, en un volumen en 12.*

XXXI

REVOLUCIÓN INGLESA :

No ignoraban los Ingleses, desde hacia mucho tiempo, la conversión de Jacobo II al catolicismo. Cuando en el reinado anterior la nueva se hizo pública, la alarma é indignación del pueblo inglés fueron grandes. El Parlamento quiso proponer la exclusión del duque de York como heredero de la corona; pero su hermano Carlos II logró evitar el golpe, tomando el acuerdo de no convocar á los representantes del país. Sin embargo, presintiendo que algún día pudiera tener necesidad de llamarlos, falseó la ley, merced al apoyo de magistrados obsequiosos y sin conciencia, y logró de esta manera despojar á los distritos de sus franquicias, libertades y derechos. Aunque restituyó á los distritos algunos privilegios, la influencia de la corona pesó en todos ellos ó en su mayor parte. Pruébese esto elocuentemente con decir, que no pudo ser más obediente y sumisa la conducta del único Parlamento convocado por Jacobo durante su reinado, y las concesiones que hizo al rey fueron tan grandes, que éste no tenía necesidad de

¹ Lord Macaulay, en sus *Estudios Políticos*, ha publicado un trabajo interesantísimo sobre la *revolución de Inglaterra*, que nuestros lectores deben consultar con gran provecho. Traducción de M. J. Bänder, Madrid 1879.